



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
D. Antonio Brea.
Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
D. Juan Vidal de Llobatera.
D. Ramón Vila y Colomer.
D. Tirso de Olazábal.
D. Manuel Rodríguez Maillo.

Sr. Conde de Guernica.
D. Gabriel J. Llompart.
D. Carlos Cruz Rodríguez.
D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



Don Domingo de Egaña.

DOÑA MARÍA BEATRIZ

(Conclusión.)

A poco de llegar al histórico castillo, cayeron los tres enfermos con el sarampión, cuyos gérmenes llevaban de Módena, y que se cebó particularmente en Doña María Beatriz. A pesar de la relativa gravedad de esta, el Archiduque Maximiliano no cejaba en sus instancias por alejarla del teatro de la guerra, y, en efecto, apenas pudo soportar el viaje, la determinó á trasladarse á Praga, aceptando la invitación de su tía la Emperatriz Mariana, que á los primeros rumores de guerra la había escrito ofreciéndola hospitalidad en su palacio de la capital de Bohemia.

La Archiduquesa María Beatriz hallábase tan débil, que fué preciso acostarla en un coche para emprender el camino y hacer éste á pequeñas jornadas, tanto, que empleó en el trayecto veintiún días, si bien es de advertir que hizo alto cinco ó seis de ellos, para descansar, en Ebenzveyer, hasta cuyo punto la fué escoltando su tío. Desde Ebenzveyer prosiguió el viaje con su séquito, compuesto de dama, gentil hombre, ayo de sus hijos y los profesores de éstos, entre los cuales iba nuestro venerado amigo el Padre Cabrera (q. e. p. d.).

Otros cinco años permaneció sin moverse de Praga, excepto los meses de calor, que iba á veranear, ora á Ploschkovitz, ora á Reichstadt; años también de prueba, pues en ellos, además de compartir moralmente los sufrimientos de su hermano, que hizo la fatal guerra de Italia con el Estado Mayor general austriaco, perdió á su amado tío el Archiduque Maximiliano el 1.º de Junio de 1861, y en Enero del siguiente año 1862 á sus no menos queridos cuñados Don Fernando, fallecido en Brunsee el 1.º de Enero, y Carlos VI y Doña María Carolina, muertos en Trieste trece días más tarde. Los tres la habían visitado en Praga, muy poco antes de su fallecimiento, sin que nada hiciese presagiar su próxima muerte, por lo cual ésta le produjo más honda impresión.

En el otoño de 1863, Don Carlos, que había crecido repentinamente de un modo extraordinario, alcanzando una estatura muy superior á sus años, principió á toser con insistencia, y los médicos de la Corte, alarmados sin motivo, creyeron ver en aquellos síntomas un principio de enfermedad de pecho, y ordenaron el traslado á un clima meridional.

Aunque el cambio de domicilio, con el numeroso séquito de profesores que educaban á los Príncipes, exigía grandes sacrificios materiales, Doña María Beatriz no vaciló un momento, y partió en seguida para Venecia, saliendo á saludarla en el camino la Reina Doña María Teresa, augusta viuda de Carlos V.

Al día siguiente de su llegada á la reina del Adriático, cayeron en cama sus dos hijos, atacados de viruela maligna, enfermedad que raramente perdona. Inútil es decir á qué extremo llegarían las congojas de la angustiadísima Madre, agravadas por las crueles medidas de aislamiento que exige aquella enfermedad, pues durante largo tiempo los enfermos y su Madre

vivieron alejados del resto de los vivientes, para evitar el contagio.

No pertenecía aún en aquella época el Palacio Loredán á Doña María Beatriz; pero ya lo habitaba pagando un alquiler. Frente á aquella residencia se levantaba el palacio Cavalli, morada de los Condes de Chambord, que ya en aquella sazón guardaban al lado suyo, con el cariño de hija, á su sobrina Margarita, hija de Carlos III de Parma.

La vecindad y lo próximo del parentesco no tardaron en establecer relaciones íntimas y constantes entre ambos Palacios, siendo su resultado concertarse el matrimonio entre Don Carlos y la nieta del Duque de Berri. Por primera vez diéronse palabra de esposos en el Palacio Loredán, en la estancia misma de Doña María Beatriz, y el enlace quedó resuelto, aunque aplazado, tanto por la temprana edad de ambos, como por lo borrascoso del horizonte político.

En efecto, la tranquilidad de los augustos desterrados fué de corta duración.

Tres años llevaban en Venecia, sin más que breves ausencias veraniegas al Cattajo y á la Galiera, cuando en 1866 estalló de nuevo la guerra entre Austria y el Piamonte, y hubieron de refugiarse en Viena.

Allí les sorprendió la batalla de Königgratz ó Sadowa, sangriento hecho de armas que convirtió la capital del Imperio de los Hapsburgos en una inmensa ambulancia.

Don Carlos y Don Alfonso iban diariamente á los hospitales á distribuir hilas, medallas de la Virgen y escapularios, y á prestar consuelos y socorros á los heridos; pero habiéndose desarrollado entre éstos el tifus, en proporciones alarmantes, su Madre los retiró de Viena, llevándolos á Insbruck, al lado del Emperador Fernando y de la Emperatriz Mariana.

En el Tirol continuaron los jóvenes Príncipes prodigándose en los hospitales militares como enfermeros, hasta que la Condesa de Chambord los llamó, así como á su Madre, al castillo de Ebenzveyer, en cuyo punto acabaron de combinarse los preliminares para el matrimonio de Don Carlos y Doña Margarita.

Este se verificó solemnemente en Frohsdorf el 4 de Febrero de 1867, exactamente á los veinte años precisos, menos dos días, del de Don Juan con Doña María Beatriz.

Los jóvenes esposos partieron para Viena, donde fueron muy festejados por Francisco V con comidas de gala y un baile en honor suyo, y después volvieron á incorporarse con Doña María Beatriz en Ebenzveyer, permaneciendo en la Alta Austria hasta fines de Noviembre, época en que partieron para Graz, donde habían alquilado una casa en la Elisabeth-Strasse. Su Madre, que, deseosa de vivir cerca de ellos, había escogido alojamiento en la misma ciudad, en la quinta Seilern, trasladóse á Graz pocos días después, á principios de Diciembre, hallando, con gran sorpresa, cerrada la casa, y oyendo de boca de la servidumbre que habían partido para Brunsee. Esta era la consigna, y esto lo que se hacía creer á todos; pero en realidad se hallaban en París, donde Don Carlos prin-

cupiaba á echar los cimientos de la reorganización de las fuerzas legitimistas en España, para tenerlas preparadas cuando estallase la revolución, que se sabía era inminente.

A principios del siguiente año 1868, el Infante Don Alfonso decidió alistarse en el ejército pontificio, y tan seguro estaba de la entereza de ánimo de su Madre, que no vaciló en escoger por únicos confidentes de su resolución á aquella y al Duque de Módena. Ambos la aprobaron, y el Duque la propuso llevarla antes en peregrinación á Tierra Santa, viaje para el cual partieron á fines de Marzo.

Al regresar á Europa, en vez de volver á Graz, quedóse Don Alfonso en Roma, siendo recibido con gran ternura por Su Santidad, que le admitió en el cuerpo de zuavos, como soldado raso, accediendo á sus ruegos. El Infante pisó por primera vez el cuartel y vistió el uniforme pontificio el 29 de Junio de 1868, montando aquel día la guardia á la puerta de San Pedro, mientras el Papa celebraba de pontifical.

Aunque Don Alfonso prestaba en el cuartel el mismo servicio que cualquiera otro soldado, tenía un alojamiento particular en la ciudad, y habitaban con él el veterano General Puente y D. Manuel María Echarrí, muerto no há mucho en su casa y á su servicio. Aquel verano lo pasó en maniobras en el campo de Aníbal y en Monte Fiascone, y á principios del invierno fué destinado de guarnición á Subiaco.

Su augusta Madre quedó, pues, en soledad completa, hasta que Don Carlos y Doña Margarita regresaron á Graz aquel año mismo, hallando á Doña María Beatriz en muy mal estado de salud, tanto, que cuando el 7 de Septiembre fueron por la mañana á anunciarle el nacimiento de Doña Blanca, llevaba dos semanas de cama, á pesar de lo cual se hizo conducir á su coche y del coche á la estancia de su nuera, teniendo el gran consuelo de abrazarla y de besar á su nieta.

Pero altos é imprescindibles deberes de patriotismo imponían á Don Carlos la necesidad de aproximarse lo más posible á España, y partió nuevamente para París, siguiéndole Doña Margarita con la recién nacida, apenas los médicos la permitieron ponerse en camino.

Más de otro año permaneció Doña María Beatriz sin ver á sus hijos, que volvieron á Graz casi al mismo tiempo, Don Alfonso (ascendido ya á sargento), en Diciembre de 1869, y Don Carlos, con su esposa, en Enero del 70, pero también por muy breves días. Don Alfonso volvió, sin embargo, desde Viena, por haber recibido allí la noticia de haber fallecido el venerable Padre Venanzi, prudente y fiel consejero de Doña María Beatriz, y suponer, con razón, lo mucho que consolaría su presencia á su augusta Madre en aquellos momentos.

Por cierto que durante aquella licencia, y antes de regresar á su regimiento, habiendo ido el Infante á Metz, á saludar á su tía la Reina Adelaida, viuda de Don Miguel I de Portugal, vió por primera vez en el convento del Sagrado Corazón á la Infanta Doña María de las Nieves, quedando tan prendado de ella, que

resolvió ofrecerle su mano en cuanto las circunstancias lo permitieran.

Este propósito pudo realizarlo poco después de un año, el 26 de Abril de 1871, consolando mucho á Doña María Beatriz la felicidad de aquel hijo á quien había llorado poco menos que por muerto algunos meses antes, pues cuando el infausto asalto de Roma el 20 de Septiembre, supo que su hijo se había batido heroicamente en Puerta Pía, y que allí es donde hubo más bajas, y nadie daba razón del Infante, que no podía dar noticias suyas por no descubrirse, y que sólo logró llegar á Graz, disfrazado, quince días después, procurando aquella inopinada visita á su desconsolada Madre el inefable gozo que todos nuestros lectores comprenderán.

A propósito de la defensa de Puerta Pía, no huelga consignar en estos apuntes un caso raro, de esos que hacen sonreír á los incrédulos y meditar á las personas serias. El Infante poseía muchos escapularios de Nuestra Señora del Carmen, que distribuyó, hasta donde alcanzaron, entre sus compañeros, y á pesar de ocupar éstos la posición donde hubo mayor número de bajas, ninguno de los que los llevaban fué herido.

Al matrimonio de Don Alfonso, celebrado en Heubach, no asistió Doña María Beatriz; pero sí Don Juan, que antes se detuvo en Graz en casa de su esposa.

Las primeras visitas de los recién casados fueron á Bronnbach, residencia de la Reina Adelaida, y á Graz, residencia de Doña María Beatriz, partiendo después para las aguas de Gleichenberg, y anunciando que de allí irían á Corfú y á Malta por bastante tiempo.

Entonces fué cuando Doña María Beatriz, casados los hijos y cumplidos todos sus deberes de madre, pensó en retirarse del mundo y en consagrar su vida á la oración y á la contemplación.

Contaba en aquel momento cuarenta y ocho años de edad.

Su primer cuidado fué informarse de si la recibirían en su comunidad las Carmelitas, á lo cual respondieron que sí, á condición de obtener permiso de su marido y de Su Santidad.

Resuelto favorablemente aquel primer paso, quiso consultar con sus hermanos, y anunció que levantaba y cerraba la casa y que iba á pasar el invierno á Viena con el Duque de Módena.

Partió, en efecto, de Graz el 7 de Noviembre de 1871, y se detuvo en Frohsdorf más días de los que pensaba, por haberla sorprendido allí una de las indisposiciones á que estuvo sujeta casi sin interrupción. La Condesa de Chambord, escuchó y aprobó sus planes, y con permiso suyo se los escribió al Duque de Módena, á quien afectó muy profundamente la idea de la claustración de una hermana que tanto quería, pero tampoco formuló objeción ninguna.

Restablecida de su dolencia, prosiguió para Viena, y en casa de Francisco V recibió las respuestas que esperaba de Su Santidad y de Don Juan. La carta de Pío IX, fechada en la fiesta de la Inmaculada Concepción, alababa y bendecía sus propósitos. La de Don

Juan, llegada el primer día del año 1872, concedía el permiso deseado.

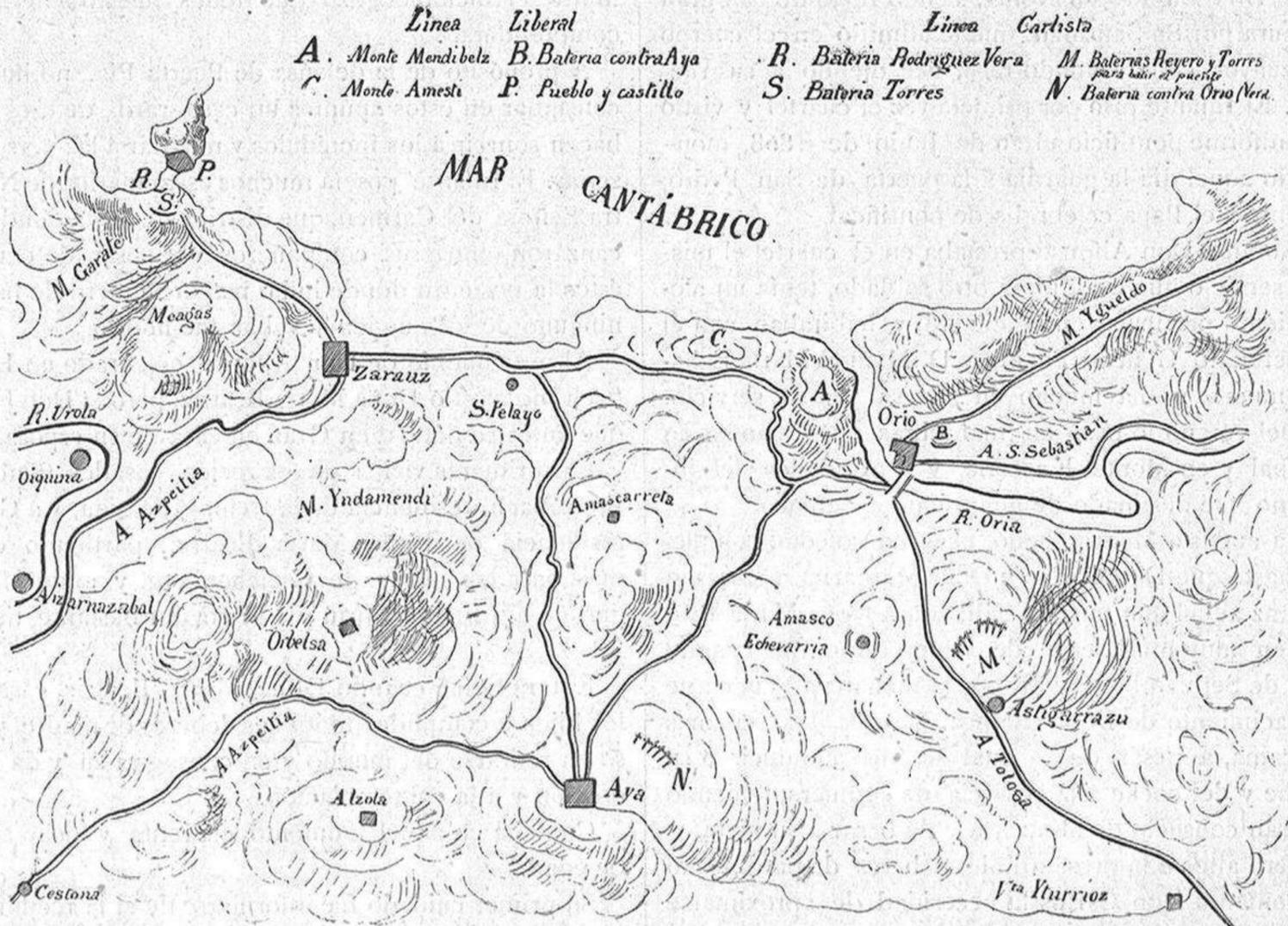
La augusta Señora escribió entonces á sus hijos, no para consultarles, sino para poner en conocimiento suyo lo resuelto, recibiendo de ambos tiernísimas respuestas que acabaron de fortalecer su espíritu, probándola cómo habían fructificado en sus almas las semillas de religiosidad sembradas por ella.

La Condesa de Chambord fué á buscarla á Viena, y el 12 de Febrero salió de casa de su hermano, para el cual la separación fué desgarradora, no conociendo hasta entonces toda la profundidad de su amor fraternal.

Acompañada por la esposa de Enrique V hasta Wiener Neustadt, siguió desde este punto hasta Graz con el General Puente y las dos Altini, una de las cuales, la madre, murió hace años, y la otra ha continuado y continúa siempre prestándole en el convento sus fieles servicios.

El General Puente prosiguió el viaje para Burdeos, dejando en el convento del Sagrado Corazón á Doña María Beatriz, que permaneció en él cinco ó seis días preparando sus efectos y su pobre ajuar de monja fuera de la estrecha clausura carmelitana.

Entró en ésta, con inmensa satisfacción espiritual, el 18 de Febrero, primer domingo de Cuaresma, y allí



Croquis de las operaciones de la línea del Oria.

sigue desde entonces, consagrada enteramente á Dios, por lo cual pudiera decirse que en aquel punto termina su vida terrestre, y con ella su biografía.

Pocas palabras nos restan, por lo tanto, que añadir á esta.

Doña María Beatriz entró en el convento llevando el gran consuelo de ver á su hijo primogénito á la altura de la misión providencial que le estaba confiada, único representante de la L....., después de la abdicación de su Padre, y perfecta encarnación de los principios, según acreditaban sus hermosos y cristianos manifiestos.

La salud de la augusta Señora, muy quebrantada mientras vivió en el mundo, pareció robustecerse en el claustro, conservando únicamente de sus antiguos achaques la sordera, que empezada en su juventud, según dejamos dicho, llegó á ser completa á los cuarenta

y tres años, en la época del matrimonio de Don Carlos con Doña Margarita

Pero si exenta de dolores físicos, no lo fué tan completamente de dolores morales.

Su hermano, tan querido y bondadoso, Francisco V de Módena, fué atacado de apoplejía en su casa de campo de Wildenwartse el año 1875, en Octubre, quedando paralítico del lazo izquierdo y previendo inevitable su muerte si se repetía el ataque. Preparóse para ella con una fervorosa confesión general de toda su inocentísima vida, y recibida la Comunión, se hizo trasladar á Viena, donde, en efecto, falleció á los pocos días de su llegada, entre grandes dolores, que sólo le arrancaron estas palabras, las últimas que pronunciaron sus labios: «Gracias, Dios mío, por hacerme sufrir algo. ¡He padecido tan poco en la vida!»

Poquísimos meses después volvió á verse atribulado

el ánimo de Doña María Beatriz con la terminación de la guerra carlista, en cuyo triste desenlace jamás lloró la pérdida de esperanzas ó intereses terrenos, sino la esterilidad momentánea de tanta sangre generosa vertida. «Tengo una espada clavada en el corazón», escribía á este propósito á una soberana á quien reverenciaba como á madre. «Consuélate, querida mía», le contestaba aquella, «con el pensamiento de que si Carlos hubiese llegado á Madrid, la punta de esa espada no se hubiese detenido en tu pecho, sino que te hubiera atravesado de parte á parte, para indicarla la terrible

posición en que se hubiese hallado un Rey católico y legítimo, teniendo que hacer frente, no sólo á las dificultades interiores de un país minado por la revolución, sino á las complicaciones de la política extranjera en medio de potencias infeudadas todas á la franc-masonería.

A estos duelos siguieron los de los de las personas más allegadas á Doña María Beatriz el Conde de Chambord, fallecido en Frohsdorf el 25 de Agosto de 1883, víspera de la fiesta de San Luis, Rey de Francia; su augusta esposa, fallecida en Gorizia el 25



Archiduquesa María de los Dolores á los 2 $\frac{1}{2}$ meses de nacida.

de Marzo de 1886, fiesta de la Anunciación de la Virgen, y Don Juan, muerto repentinamente en Brighton el 19 de Noviembre del año siguiente.

Hemos olvidado decir que en 1882 Doña María Beatriz hizo donación á sus hijos de los dos palacios que poseía en Venecia, regalando el Loredán á Don Carlos y el Pourtales al Infante Don Alfonso.

Desde que ingresó en el claustro no ha recibido á particulares, salvo contadísimas excepciones, admitiendo únicamente las visitas de su marido, de sus hijos, de sus nietos, del Emperador de Austria y de algunos otros Príncipes y Princesas unidos á ella por estrechos lazos de parentesco ó de intimidad.

Hemos dado fin á nuestra tarea, y nada nos resta que añadir, á no ser el suplicar á nuestras lectores que

nos perdonen si no hemos acertado á dar todo el relieve que se merece á la augusta figura de nuestra biografiada, de la cual no cabe hacer mayor elogio que llamar la atención sobre lo poco que se ha hablado y se habla de ella.

Su humildad y sus virtudes impulsáronla siempre á disimular sus beneficios y á ocultar sus talentos, y al hablar hoy de ellos parecemos como que hacemos una especie de traición á su modestia, y estaríamos seguros de incurrir en su enojo, si no supiéramos que entre las hermosas cualidades de su alma pocas brillan tanto como la indulgencia y la misericordia.

Desde niña sobresalió en el Dibujo y en la Pintura, artes que cultivó más tarde con notable aprovechamiento, y todos los que hayan visitado el Palacio Lo-

redán, habrán podido admirar en la alcoba de Don Carlos y á la cabecera de su cama dos bellísimos cuadros, un crucifijo y un San Juan de la Cruz, debidos al pincel de su Madre.

Con no menor fruto cultivó la literatura, escribiendo en su juventud novelas y otros libros de imaginación, y dando á la Prensa, desde que se retiró al Carmelo, una verdadera biblioteca de libros piadosos y de propaganda en diferentes lenguas, pues posee cuatro con perfección.

Hállase hoy mismo en correspondencia seguida con las Indias, con la China, con el Japón, con las Américas, con el mundo entero, todo para el bien de las almas, para la propagación de las ideas religiosas y para el envío de socorros pecuniarios, siendo incalculable el bien que hace espiritual y materialmente, en la medida de su fortuna, modesta para su rango.

Su vida ha sido un calvario de sufrimientos físicos y morales, y si sus cualidades eminentes han permanecido en la oscuridad tantos años, esperamos que será para brillar con mayor fulgor más tarde, y que algún día se reconozcan y proclamen sus virtudes en grado heroico.

Los que tuvieron el honor de conocerla durante el período de la educación de sus hijos, maravillanse del perfecto equilibrio que supo guardar entre la severidad y la ternura, siendo amorosa siempre sin degenerar nunca en débil.

Aun viviendo al lado suyo, veíanla sus hijos raros momentos al día, los precisos fuera de las horas de estudio, infundiéndolos tal respeto, que jamás recuerdan haberla besado entonces en la cara, siempre la mano nada más. Desde que cumplieron siete años, no les permitió tutearla, sino llamarla de usted, tradición conservada por Don Carlos con sus hijos, así como la de saludarles mañana y noche, trazándoles en la frente la señal de la cruz.

Dábales además lecciones de literatura española, pues la eran muy familiares nuestros clásicos, en especial nuestros grandes místicos, Santa Teresa, los Luis, Rodríguez, Puente, la venerable Agreda, etc., etc.

A pesar de esta tendencia de su espíritu, Doña María Beatriz, á semejanza de su tía la venerable Cristina, jamás fué lo que se llama una mojigata.

Lo mismo que su tía, cumplía con ánimo alegre y dispuesto todos los deberes de su posición, y de soltera y de recién casada iba á bailes, á teatros y á toda clase de distracciones á que la conducían sus padres ó su marido, llevando los trajes que la etiqueta requiere y divirtiéndose como acontece á las almas sencillas y puras, exentas de malicia y suspicacia.

Pero en esta corona formada por sus virtudes brilla un joyel de inestimable precio para los españoles, que es el don de acierto que inspiró á Doña María Beatriz en la educación de sus hijos, siendo su cuidado predilecto el inculcarles los sanos principios religiosos y políticos con tal solidez, que nada ha podido nunca quebrantarlos.

Este grandísimo mérito sale ya del límite de las virtudes privadas, para convertirse en un servicio social,

al que la verdadera España debe quedar y quedará perpetuamente agradecida.

APUNTES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL

Operaciones en la línea del Oria durante los mandos de los Generales carlistas Lizárraga y Egaña, en 1873 y 1875.—
Detalles del sitio de Guetaria.

I

Uno de los objetivos obligados del ejército liberal durante la última guerra civil, era sin duda la línea llamada del Oria, no sólo porque á su amparo podía llegarse más pronto al corazón de la provincia, ensanchando á la vez su territorio, sino porque los carlistas habían establecido en ella sus principales fábricas de armas, pólvora, maestranza y fundición de cañones, que urgía por ende destruir.

Comprendiéndolo así el Comandante general carlista D. Antonio Lizárraga, su primer pensamiento, al encargarse del mando de la provincia á mediados de 1873, fué la toma de Eibar, Plasencia y Azpeitia (1).

Aprovechándose, pues, de la escasez de tropas del General enemigo D. José de Loma, penetró con sus Batallones, unas veces sólo y otras ayudado por los navarros, en Eibar, Plasencia y Oñate, primero, y después en Mondragón, Elgoibar, Vergara, Azcoitia y Azpeitia. En la primera y última se hizo dueño de multitud de armas en construcción, que sucesivamente fué haciendo poner en estado de servicio; y aprovechándose de la ilustración é inteligencia de los oficiales de artillería Dorda é Ibarra (D. Leopoldo), desmontaron piezas de diferentes máquinas, las cambiaron por otras y construyeron las nuevas que pudieran faltarles para convertir la antigua fábrica de Azpeitia en maestranza y fundición, de donde salieron en breve espacio de tiempo muchos cañones rayados de 8, 10 y 12 centímetros, de bronce, y gran número de carros, arzones y demás efectos del complicado material de artillería

(1) Don Antonio Lizárraga, futuro héroe de la defensa de la Seo de Urgel, procedía, como Ollo y Dorregaray, del ejército de Isabel II. Hizo la primera guerra civil, y adherido al convenio de Vergara en clase de teniente, marchó después como capitán de los tercios vascongados á la guerra de África, y el 22 de Junio de 1866 se distinguió tan notablemente, que fué ascendido á Teniente coronel. En esta situación le sorprendió la revolución del 68, y no queriendo contribuir á ella, pasó la frontera y ofreció su espada al Augusto Señor Don Carlos de Borbón, en cuyo ejército entró como Coronel y con el inmediato mando de Guipúzcoa, donde á poco obtuvo el empleo de Brigadier. En circunstancias bien difíciles, por cierto, tuvo esto lugar; pues la equívoca y singular conducta con él observada por el famoso y nefasto cura D. Manuel Santa Cruz, que no quería perder su ascendiente, inspirado más que nada por el terror, amargaron hasta lo infinito los primeros días del mando de Lizárraga. Condenado aquél á muerte por su Rey, y perseguido por sus antiguos subordinados, tuvo que emigrar forzosamente el cura, y desde entonces pudo desplegar Lizárraga sus brillantes dotes de mando y bizarría.

carlista, en que se multiplicaban prodigiosamente los calibres. Claro es, por tanto, y justificado el empeño de los carlistas en conservar su arsenal de armas y el de los liberales el destruírselas.

El activo General enemigo Moriones, después de haber socorrido á Tolosa en diciembre de 1873, pensó en dirigir sus fuerzas al interior de la provincia, destruyendo á su paso las fábricas mencionadas.

No contaba, sin embargo, con que los carlistas habrían de imaginar los imposibles para estorbárselo.

Efectivamente; las fuerzas alavesas, al mando de Mendiri, y las vizcaínas, al de Velasco, que no pudieron llegar á tiempo para ayudar á los navarros y guipuzcoanos en rechazarle, lo tuvieron suficiente en el momento del avance de la columna Loma desde Vidania, en dirección de Aya (véase el croquis que acompaña á estos apuntes); y Moriones, con el resto de sus fuerzas (división Catalán con 6 batallones), lo hacía por Orio (1), para esperarles en formidables posiciones, Lizárraga con 5 batallones, Mendiri con 3 y Velasco con 6, que ocuparon Oiquina, Cestona y Aizarnazabal, sin contar con que, prevenido oportunamente Olo, bajó con sus navarros desde Berástegui á ocupar Lizarza, Alegría y otros puntos, en expectativa de la dirección que tomaran los contrarios.

Operada la reunión de los Generales republicanos Moriones y Loma en el alto de Meagas con todas sus fuerzas, se vió clara la precisa dirección que sus fuerzas habían de seguir, y por tanto los puentes que el enemigo tenía que atravesar por la carretera de Cestona á Azpeitia fueron inutilizados y se abrieron zanjas para oponer todos los obstáculos posibles á los liberales.

Ante semejante concentración de fuerzas contrarias, hubo de pensar el General en jefe enemigo que no le había de ser favorable el avance y destrucción de las fábricas, principal objetivo que se había propuesto. Tanto por esto, como por órdenes recibidas del Gobierno central, en que se le prevenía volviera á la línea del Ebro, retrocedió con sus fuerzas por la carretera de Orio, quemando á su paso algunos caseríos y talando los campos en las inmediaciones de Orio y Zarauz, embarcando luego sus fuerzas en San Sebastián y Pasajes, y de allí volvió á Navarra, desembarcando sus fuerzas en Santofña, y luego por la vía férrea de Santander á Miranda y Logroño.

En la provincia continuó operando el Comandante

(1) La organización dada por el General al encargarse del mando, fué la siguiente:

Brigada Blanco.—4 batallones.—2.300 hombres.

División Primo.—Pieltain, 3 batallones; Tello, 3 y $\frac{1}{2}$.—3.300 hombres.

División Catalán.—Padial, 3 batallones; Dana, 3.—3.500 hombres.

División Loma.—475 movilizados y 3.500 hombres.

Dotación de ingenieros.—600 hombres.

Dotación de caballería.—770 caballos.

Dotación de artillería.—14 piezas de montaña y 8 montadas.

(La división Primo de Rivera no concurrió por hallarse en Navarra.)

general Loma, á quien no por enemigo hemos de escasear nuestras alabanzas, pues era enérgico, tenaz, activo y valiente, y casi tan conocedor del terreno como los mismos guipuzcoanos.

II

En 1875 volvieron á reproducirse varios combates en la línea del Oria, objeto de estos estudios. Antes de relatarlos, conviene fijar la fuerza y situación en aquella fecha de ambas fuerzas en Guipúzcoa.

Los puntos y plazas ocupadas por el enemigo en enero de 1875, eran: San Sebastián, Hernani, Pasajes, Fuenterrabía, Irún y Astigarraga, así como Guetaria, pequeña península unida con un puente al continente. Las avanzadas carlistas partían de Oyarzun, Santiagomendi, Usúrbil, Zubieta y Zarauz, ocupando y dominando el resto de la provincia; por consiguiente, era bien reducido el espacio en que podían desenvolverse las fuerzas liberales. De ahí el porfiado empeño de éstos en ensanchar su círculo de acción, sobre todo en la línea del Oria, ó sea enlazando á San Sebastián con Guetaria por tierra, de un modo permanente. Con esta base de operaciones, es evidente se facilitaba el poder adelantar al centro de la provincia, y la consiguiente destrucción de las fábricas carlistas al menor descuido de éstos.

Hallábase de Comandante general carlista el Brigadier D. Domingo de Egaña (1), y las fuerzas á sus órdenes eran 7 batallones guipuzcoanos, 2 vizcaínos, la primera batería de montaña, al mando del arrojado Comandante Reyero, y 8 piezas del tren de sitio, al del Teniente coronel Torres. Más tarde se hicieron marchar á la línea carlista las 8 piezas de 7 $\frac{1}{2}$ centímetros de la batería Rodríguez Vera.

Continuaba, ó mejor dicho, había vuelto á encargarse de la provincia el General liberal D. José de Loma. Las fuerzas á sus órdenes para operaciones (fuera de las ocupadas en guarnecer puntos fortificados) eran 3 brigadas de á 3 batallones, que dirigían Infanzón, Blanco y Oviedo, con su correspondiente dotación de artillería de montaña y el nutrido batallón de migueletes.

En el E. M. G. liberal se había convenido que para evitar la aglomeración de fuerzas carlistas en la importante línea de Carrascal, que se trataba de envolver,

(1) Este veterano Jefe había combatido bravamente durante la primera guerra civil y entrado á escala franca en Guetaria en aquella época; gran conocedor del terreno y del país que estaba llamado á mandar, querido de sus paisanos y dotado de gran actividad, acababa de arribar de Méjico, donde había estado emigrado por no querer convenirse en Vergara. Era cojo y manco, lo cual no le impidió inaugurar su dirección con la brillante victoria de Urnieta (8 de Diciembre de 1874). Así es que los guipuzcoanos se rehicieron en breve tiempo bajo sus órdenes del fracaso de Irún (a).

(a) D. Domingo de Egaña fué víctima de los voluntarios vizcaínos, cuando al final de la guerra, y al disolverse los batallones, acudió en virtud de órdenes superiores á intentar su reorganización.—*N. de la R.*

el General Loma se hiciese dueño de la línea del Oria, ocupando la atención de sus enemigos, penetrando, si le era posible, hasta Azpeitia.

Obediente el General, ordenó la salida de sus tropas por dos puntos á la vez: una brigada (Infanzón) salió por mar á Guetaria, y rápidamente se hizo dueña de Garatamendi, á la vez que el General en jefe salió con las otras dos por la carretera, á fin de operar la conjunción de las tres en Orio, para componer su puente y trasladarse á la opuesta orilla.

Apenas ascendía á una compañía la fuerza carlista

que ocupaba la elevada posición de Gárate; por lo que la primera brigada liberal se posesionó de ella casi por sorpresa, después de un ligero tiroteo. Esto se explica por la poca vigilancia de los carlistas y la improvisación de su Comandante general; pues siempre debió cuidarse de posición tan importante, por ser la llave de Guetaria y el obstáculo que la naturaleza misma oponía á que el enemigo rompiera la línea carlista, desembarcando en Guetaria.

La brigada, sin embargo, no pudo pasar á Zarauz, porque se les adelantaron dos batallones, que al man-



El Príncipe de Valori, Representante de Don Carlos en Francia.

do del intrépido Coronel (1) Iturbe hizo adelantar Egaña, y él con el resto de sus fuerzas fué flanqueando á Loma desde su salida de San Sebastián, ocupando todas las alturas, incluso las que dominaban á Orio.

Viendo Loma que el movimiento de concentración no podía verificarse por interposición de los carlistas, reforzó la brigada de Gárate con la de Blanco, á la vez que él marchaba á su encuentro bajo el nutrido fuego de sus enemigos. La línea del Oria fué, pues, restablecida; pues si bien los acuartelados en el pueblo

(1) Este excelente Jefe, organizador y militar incansable, era hijo del Brigadier D. José Ignacio, que tanto se distinguió en la guerra de los siete años.

estaban bajo el fuego de cañón y fusil de los carlistas, lograron apoderarse de los altos de Meagas é Yudamendi, que dominaban á su vez las posiciones enemigas. Sus bajas en esta operación, según la narración oficial liberal, fueron 15 muertos y 145 entre heridos y contusos.

El Brigadier carlista Egaña comprendió, aunque tarde, el verdadero objetivo de los liberales, y por consiguiente dió sus órdenes para que acudieran todas sus fuerzas á defender los pasos de Azpeitia. Así se verificó al día siguiente.

El puente de Orio no llegó á recomponerse sino á fuerza de tesón de los liberales, pues la batería del

bizarro Reyero y la del no menos valiente Torres, hicieron fuego de flanco sobre la obra, en términos de ocasionar la rotura de dos tramos, que tuvieron que recomponerse de noche. Las baterías fueron establecidas en magníficas posiciones, que dió á conocer á los artilleros y á su jefe Coronel Brea, el insigne cura de Orio (1), y tan bien elegidas, que no sólo se dominaban los tableros del puente para destruirlos, sino que al acudir el general Loma en socorro de las fuerzas de Orio, no hubo necesidad mas que de un ligero cambio de frente de las piezas, para que mientras unas con-

testaban al fuego de las baterías de montaña liberales, las otras siguieran tranquilamente arrojando sus proyectiles al puente, que, como hemos dicho, fué roto por dos partes. Durante el combate, no dejó un punto de discurrir entre los cañones el intrépido Vicario, inspirando á todos confianza y serenidad.

Recompuesto al fin el fuerte por los ingenieros bajo el fuego carlista, atravesaron algunos batallones á la otra orilla y se hicieron fuertes, aspillerando el caserío de Amasco-Echevarría, que ocupaba una cima algo elevada, y otras posiciones que atrincheraron conveniente-



El Conde de Ashburnham, Representante de Don Carlos en Inglaterra.

(1) Era entonces el alma de todas las operaciones de la línea, como lo fué después el célebre cura de Orio D. Juan Antonio Macazaga, figura que se hizo notable por sus singulares condiciones de religiosidad, conocimiento del terreno y aficiones militares, unidas á una imperturbable sangre fría y serenidad. No era, en la verdadera acepción de la palabra, un cura guerrillero como D. Jerónimo Merino; era el virtuoso ministro del altar, que llevado al campo carlista por las persecuciones liberales, identificado con nosotros y gran práctico en aquella región, les servía de inapreciable guía, á quien todos oían con respeto, inspirado éste por la lealtad de sus ilustrados consejos en los asuntos de la guerra, y más que nada porque no dejó de ejercer nunca su sagrada misión, ni aun dejó de usar jamás el traje talar. Por cierto que pudo ocasionarle serios disgustos, pues su sombrero de teja y sus

mente. Satisfecho el General Loma de la operación, por más que no hubiera logrado penetrar en el interior de la provincia, regresó á San Sebastián, dejando bien guarnecido Orio, Mendibelz y el mencionado caserío, por cuya razón el Brigadier carlista volvió á sus antiguas posiciones de Aya y Zarauz, circunvalando perfectamente la línea liberal.

Como quiera que la vecindad de los enemigos era sumamente molesta á los carlistas, no hubo sorpresa

hábitos servían de constante blanco (ó más bien negro) á los tiradores liberales y miguelotes, de los cuales era tan conocido como de los carlistas, pues siempre operaba á la cabeza en las avanzadas de los voluntarios guipuzcoanos.

que no se intentara contra el caserío, ni vejamen que no se hiciera sentir al pueblo de Orio. Baste decir que las baterías carlistas de Reyero y Torres impidieron en la medida de sus fuerzas el establecimiento del enemigo en la línea y la consiguiente recomposición del puente, como hemos dicho. Dominado y enfilado el pueblo por la fusilería carlista, dicho se está que no había lugar seguro para los contrarios, y sus traveses y espaldones eran barridos con frecuencia por la gruesa artillería de Torres.

El caserío situado en Amasco-Echevarría fué objeto también de varias embestidas de los carlistas, si bien hay que confesar que sin éxito, por ahorrar la preciosa sangre de los que hubieran de asaltarle. El caserío fué cañoneado por dos de sus flancos por los esforzados Reyero y Torres. Pero como entonces no había fuerzas carlistas suficientes para asaltar tampoco, y el enemigo estaba preparado, acudió con grandes refuerzos y no pudo llevarse á cabo la operación. El relevo de las tropas que lo ocupaban tenía que hacerse de noche para evitar bajas.

Posteriormente, el General Loma hizo colocar artillería de posición en la vertiente del Oria, y equilibradas las fuerzas, cada una de ellas conservó sus posiciones, por más de que el fuego de fusil y cañón no cesó desde Enero, en que se estableció la línea, hasta que fué abandonada por el enemigo en Mayo.

Tenemos á la vista el parte oficial carlista de las operaciones llevadas á cabo en la línea del Oria; pero como es bastante extenso, procuraremos extractarlo para mayor claridad de los sucesos. Dice así:

El 27 de Enero de 1875 por la noche se embarcó la Brigada Infanzón en San Sebastián, pudiendo á favor de la oscuridad desembarcar en Guetaria y hacerse dueña del monte Gárate. Como las fuerzas carlistas no pasaban de dos compañías, tuvieron que abandonar el campo, retirándose á Meaga. Creyendo posible, sin embago, recuperar posición tan importante, el Comandante general carlista ordenó al Brigadier Aizpurúa que lo intentara con el 2.º Batallón de Guipúzcoa; pero habiendo sido rechazado, volvió dicho jefe á la línea de Andoaín, quedando Egaña y el Coronel Iturbe para hacer frente al enemigo con el 2.º y 7.º de Guipúzcoa y el Batallón vizcaíno de Bilbao, llegado hacía pocos días.

Mientras tanto, el General liberal Loma salió de la capital el 29 con algunos batallones (Brigadas Blanco y Oviedo), y aunque los carlistas le disputaron el paso en Usúrbil, San Esteban y Zubieta, logró su intento de penetrar en Orio, donde, enterado de que la Brigada Infanzón no pudo romper la línea carlista, dispuso que el Brigadier Blanco volviera sobre sus pasos y se embarcara para Guetaria y Gárate en auxilio del primero. El General disponía mientras tanto la inmediata recomposición del puente de Orio, protegiendo la marina con sus fuegos todos sus movimientos.

No siendo ya necesarias las fuerzas carlistas en Usúrbil, hizo el Brigadier Egaña que se trasladaran á la nueva línea los Batallones de Orduña y 6.º de Guipúzcoa, los cuales ocuparon el día 31 el alto de Zuru-

garay. Reforzados á su vez los liberales de Gárate, atacaron resueltamente á los carlistas, que se vieron precisados á retroceder hasta su segunda línea (Aya), operándose, por consiguiente, la unión de todas las fuerzas enemigas desde Orio á Zarauz y Gárate, pues la posición de Zurugaray se hizo insostenible, flanqueada y cañoneada por las bocas de fuego de la marina de guerra. Estos ataques costaron á los liberales 190 bajas en sus batallones y 32 sólo en los miguelotes.

El día 3 salió de nuevo Loma de Orio y Blanco de Zarauz, haciéndose dueños de Yudamendi y Meaga, cuyo paso les fué disputado valientemente por Iturbe con tres batallones. Al día siguiente intentaron pasar á Zumaya; pero tuvieron que retirarse al abrigo del fuego de la escuadra. Sus bajas fueron numerosas, pues los carlistas se defendieron con tesón y bravura, haciéndose ascender á 250 el número de sus muertos y heridos. El 7.º de Guipúzcoa y el Batallón de Bilbao se retiraron á Aizarua para cubrir el paso á Azpeitia; pero tan seria fué la resistencia de los carlistas, que el día 5 se retiró el enemigo de Zarauz y Gárate, concentrándose en Orio parte de las fuerzas, mientras otras volvían á San Sebastián y Hernani.

Puede calcularse, sin temor á equivocaciones, que en los cinco días de combate en la línea desde Usúrbil á Orio, Zarauz, Yudamendi y Meagas, las bajas de los liberales excedieron de 600 sin contar las que sufrieron en Amasco-Echevarría.

III

Por más que alteremos la cronología de los sucesos, hablaremos del sitio de Guetaria, por ser la última etapa de importancia ocurrida en la línea del Oria.

Enojoso vecino para los carlistas fué siempre dicha villa, patria del insigne Elcano, pues á menos de distraer siempre sus numerosas fuerzas en el alto de Gárate y sus cercanías, era la llave siempre preparada y siempre abierta al interior de la provincia, pues por mar y en pocas horas podían trasladarse muchos batallones para intentarlo.

Establecido ya el enemigo en Oria y Medibelz, se facilitaba el avance de los liberales, y por tanto, el Comandante general Egaña pensó seriamente en tomar ó inutilizar Guetasia. Esta pequeña villa está edificada en anfiteatro, y en su cima hay un castillo que la defiende, y donde había colocados dos cañones, uno de á 8 y otro de á 12 centímetros, ambos rayados. Por la parte de su unión con la tierra tenía una muralla antigua de piedra. Las fuerzas que la guarnecían en el tiempo á que nos referimos, eran 400 hombres, entre infantería, carabineros y guardia civil, con ingenieros y artilleros.

El punto de ataque elegido por los carlistas era el obligado cerro de Gárate, cuya cima alcanzaba próximamente la altura del castillo; pero desde donde no se podía abrir brecha en la muralla, á causa de tener que emplear tiros muy fijantes (véase el segundo croquis). Por esta causa, el plan concebido y acordado en

consejo fué construir dos baterías, una en Gárate, que se artilló con seis cañones y dos morteros, y otra batería baja, lo más rasante posible, á unos 300 metros, de la que se encargó el bravo Coronel Rodríguez Vera; la de Gárate la mandaba el no menos bravo Torres. La dirección en jefe se confirió á los Coroneles del Cuerpo D. Luis de Pagés y á S. A. el Conde de Caserta, que hizo allí sus primeras armas en el ejército carlista (1).

Con el fin de ahorrar en lo posible la sangre de las tropas en el proyectado asalto, hubo de pensarse en facilitar la apertura de la brecha (por la cual habían de lanzarse los batallones) por medio de la dinamita. Nadie más á propósito para el caso que el Teniente de navío D. Fernando Carnevali, que pertenecía al Tren de Sitio, y el cual había hecho estudios y ensayos sobre aquella nueva arma de guerra, y que estaba dotado de una sangre fría y un valor á toda prueba.

Consultado el plan concebido con el Cuartel Real, no sólo fué aprobado en todas sus partes, sino que Don Carlos de Borbón se puso en marcha para tomar parte en la operación, como la había tomado siempre en todos los principales empeños de sus tropas, como en los sitios de Bilbao é Irún, y en las acciones más importantes (2).

Dispuestas así las cosas, preparados los cartuchos de dinamita (un centenar próximamente) y encerrados en un saco de lona, dispuso Carnevali que dos artilleros le acompañaran para conducirlos. Al preguntar en las Baterías quiénes habían de ser éstos, dieron un paso al frente todos los del Tren de Sitio, por lo que la suerte hubo de designar á los agraciados. Esto habla muy alto en favor de aquellos voluntarios, que deseaban, llenos de entusiasmo, ofrecerse como víctimas en defensa de la Causa, pues teniendo que atravesar más de 200 metros al descubierto, era casi seguro el peligro de muerte que arrostraban, si eran vistos desde la muralla.

Entrada, pues, la noche del 13 de Mayo, descendieron los dos animosos carlistas, cargados con el peligroso saco de cartuchos y precedidos por el Comandante Carnevali, que llevaba la mecha y se apoyaba en la horquilla de la cual había de suspenderse el saco y descansar en el mismo muro. Sabedoras las fuerzas carlistas de cuanto se proyectaba y se estaba verifi-

(1) Su Alteza el Príncipe de Nápoles Don Alfonso de Borbón y Austria procedía del Cuerpo de Artillería napolitano, y en los últimos tiempos de aquella monarquía se había distinguido notablemente por sus claras dotes de inteligencia y valentía. Mandaba como coronel el regimiento de artillería á caballo en la famosa retirada de Gaeta, cubriéndola admirable y heroicamente con sus cañones; por cuyo brillante hecho de armas fué condecorado con la cruz laureada de San Fernando por su augusta prima Doña Isabel II. En el campo carlista acabó de afirmar su reputación militar, no sólo como excelente jefe de artillería, sino como Comandante general en Álava y Guipúzcoa, y por último como General en jefe del ejército.

(2) Con el Rey llegaron, además de su Cuartel Real, el heroico y veterano General Tristany y el infatigable Comandante general de artillería Maestre.

cando en aquellos momentos, es indecible la incertidumbre, el temor y la esperanza á la par con que latían sus pechos. Transcurrió media hora, transcurrió otra media en el más profundo silencio, y poco antes de amanecer oyóse un formidable estampido, seguido de prolongadas descargas, cuyo ruido hizo prorrumpir en hurras á las tropas sitiadoras. La oscuridad de la noche impedía conocer la entidad del daño causado, y al mismo tiempo se desconocía la suerte que pudiera haber cabido al heroico Carnevali y á sus acompañantes.

Por fin arribaron los tres sanos y salvos á Gárate, refiriendo que su tardanza había consistido en que al llegar casi á tocar las puertas, el centinela colocado sobre ella en la muralla sintió ruido de pasos y dió el quién vive; por cuya razón, y para desorientarle, se guarecieron como pudieron en los salientes del terreno, y así estuvieron más de media hora, al cabo de la cual el mismo Carnevali colocó el saco en la horquilla, prendió fuego á la mecha y volvió sobre sus pasos rápida y silenciosamente.

La primera parte del programa estaba cumplida. La segunda comenzó en el momento preciso de distinguirse al amanecer los objetos; y descubierta la brecha abierta por la dinamita, rompió inmediatamente el fuego sobre ella Rodríguez Vera, mientras lo hacía Torres con los suyos sobre la artillería del castillo y con sus morteros sobre la población.

Ardía el entusiasmo en todos los corazones; el Rey de los carlistas, situado en posición conveniente, seguía con sus anteojos las peripecias del fuego; el castillo se defendía tenazmente con sus cañones, y la infantería con sus fusiles coronaba la muralla y una fuerte barricada que con inteligencia y exposición suma habían construido los ingenieros liberales para cubrir la brecha. Tronaba sin cesar el cañón, á cuyo ruido, que se oía distintamente desde San Sebastián, apareció á la vista la escuadra del Cantábrico, que vino á aumentar el fragor del combate con la voz de sus cañones de grueso calibre. Entonces fué cuando, no pudiendo ofenderla Torres á causa de la inclinación de sus cañoneras, sacó de batería sus piezas y cambió la dirección de sus disparos haciendo frente á la escuadra (véase el núm. 2 de EL ESTANDARTE REAL, donde se describe este episodio en la Biografía de Torres).

La escuadra hubo de retirarse con los heridos y con bastantes averías á su fondeadero ordinario de San Sebastián, á eso del anochecer. Por la noche recibió la plaza algunos refuerzos; pero al amanecer del 15, creyendo los carlistas practicable la brecha, lanzaron dos batallones á la carrera sobre ella, con el mayor ímpetu. No fué menor la obstinación empleada por los defensores, que hicieron fueran rechazados aquéllos, convencidos de que la brecha no estaba en el estado que suponían. Tales fueron los trabajos hechos en ella por los defensores, dirigidos por el inteligente Cuerpo de Ingenieros. Al día siguiente volvió á repetirse el cañoneo, así como el 17; pero el 18 fué imposible ya continuar, y se desistió de otros asaltos, por imposibilidad material de romper la nueva mampostería con que los

referidos ingenieros habían reemplazado á la antigua.

Tal fué la embestida contra Guetaria, sin éxito, más principalmente por el escaso calibre de los cañones carlistas (de 7½ centímetros), que no consiguieron romper del todo el muro de la villa, á pesar de lo brillantemente que se intentó abrir camino á la infantería.

Las pérdidas del enemigo fueron de 9 hombres muertos, 19 heridos, 40 contusos, 8 casas quemadas y casi todas inhabitables ya, á causa de cerca de 2.000 proyectiles que se arrojaron sobre Guetaria. (Estos datos proceden de la Narración de la Guerra, escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.)

Con el sitio de Guetaria coincidió el levantamiento de la línea por el ejército liberal, y por consecuencia ya no volvió á ensangrentarse por aquella parte el suelo de Guipúzcoa, por más de que la guarnición de Guetaria viviera hasta la terminación de la guerra como prisionera dentro de sus muros, hostilizada constantemente por las fuerzas sedentarias del ejército carlista.

ANTONIO BREA.

LA CIUDAD SANTA DEL CARLISMO

POR M. L.



os españoles que poco ha visitamos el palacio Loredán, fuimos invitados por Don Carlos á ver un retrato suyo, al óleo, en traje de cam-

paña, de medio cuerpo, en tamaño natural. Al enseñárnoslo, nos dijo S. M.: «Envidio este retrato; es más feliz que yo: va á Estella; pero, Dios mediante, espero que algún día he de volver á arrodillarme ante la Virgen del Puy.»

El retrato estaba, en efecto, destinado á Estella. Nuestro querido amigo D. Luis Vélez de Guevara tuvo el cariñoso atrevimiento de solicitar uno para aquel Círculo, y Carlos VII se apresuró á acceder á la petición con inmenso júbilo, y aun tengo entendido que á la remisión del retrato acompañó una carta al digno presidente del Círculo D. Ulpiano Errea.

Aquella circunstancia nos dió ocasión á los que asistíamos á la escena para escuchar conmovidos de labios del augusto proscripto una de esas elocuentes evocaciones del pasado que llegan hasta el alma del que las oye; pero que nunca resultan más entusiastas que cuando se habla de Estella, la que llamaron la *ciudad santa del carlismo*, y cuyo recuerdo vive en la imaginación de Don Carlos como un cuadro espléndido de vivísimo colorido, colorido de fuego, como que es español.

La primera vez que la visitó fué impulsado por un rasgo característico de aquel pueblo.

Hallábase de paso en Abárzuza, con fuerzas reducidas y sin medios para acometer empresa de importan-

cia, cuando de repente se vió rodeado por un grupo de mujeres que gritaban: «Somos estellesas; venga, Señor, que no pueden con los nuestros; le esperamos.»

Carlos VII, contagiado por el entusiasmo de aquellas heroínas, consultó con el veterano Elío, y guardando absoluto secreto con todos los demás, le mandó ordenar para el amanecer una marcha simulada á las Amézcuas. No tardaron los voluntarios en advertir que el objetivo real era Estella, y delirantes de júbilo prorrumpieron en vivas y gritos de alegría, lanzando las boinas por los aires.

Y así entró el Rey triunfalmente en Estella, en medio del frenesí del pueblo y del ejército, levantado en alto con su caballo por la multitud hasta la iglesia, donde se entonó solemne *Te Deum* mientras la guarnición se encerraba en el fuerte. El comandante de éste, faltando á todas las reglas de la guerra, cometió la felonía de disparar sobre el parlamentario, que se acercó tres veces á intimarle la rendición, y como las tres veces le recibió con descargas, levantando bandera negra, Carlos VII en persona rompió el fuego, apuntando el cañón de Eraúl, el ídolo de nuestros



voluntarios, que, no contentos con coronarle de flores y de ramas, le daban vino de sus botas como á un compañero querido.

Mientras haya un navarro en el mundo vivirá impecedera la memoria de aquel sitio legendario, en el que competían todas las cualidades nacionales: el heroísmo, el ingenio, el buen humor y el desprecio á la muerte.

El Rey, en medio de los valientes que caían á su lado, dirigiendo el sitio bajo una lluvia de balas que descarnaba todos los árboles de al rededor, y durmiendo bajo el fuego de los sitiados que acribillaba las ventanas de su alojamiento; nuestras charangas tocando al pie del fuerte por sarcasmo el himno de Riego, el Trágala y otras tonadas revolucionarias, que exasperaban á los liberales más aún que nuestros proyectiles; las mozas del pueblo bailando la jota en la plaza, disputándose las parejas los vacíos que abrían los disparos del fuerte; voluntarios nuestros que apagaban á perdigonazos el fuego de las troneras; oficiales que sin brújula y sin ningún otro instrumento adecuado para la operación construyeron y volaron una mina, que sin hacer saltar el fuerte intimidada á sus defensores; los Generales enemigos Villapadierna y San-

ta Pau acudiendo á levantar el sitio, y Carlos VII cayendo sobre ellos con la rapidez del rayo y batiéndolos completamente en Allo primero y después en Dicastillo, y por último, como coronamiento de aquella fantástica apoteosis, el fuerte rindiéndose al fin devorado por las llamas.



Palpitante de entusiasmo evocaba Don Carlos todos aquellos gloriosos episodios y los que inmediatamente les siguieron: la toma de las Campanas y de Viana, los tres días de Montejurra, y veía desfilar ante sus ojos aquellos batallones sin rival que, vitoreándole ardentemente, le siguieron tantas veces al combate, cargando, como ellos decían y como era la verdad, «hasta torcer las bayonetas», y al lado de ellos las marciales figuras de Olo, de Elío, de Radica, de Vergara y de tantos otros héroes entrados ya en la inmortalidad.

Todo eso está compendiado en la palabra Estella, como lo están recuerdos posteriores más sangrientos todavía: la batalla de Abárzuza, en la que Don Carlos admiró en Concha, vencido y muerto, el valor español mal empleado; el desolador cuadro de los incendios, eterno baldón de los jefes liberales, cuando desde los fuertes de Estella, como en islotes que se erguían en medio de un mar de fuego, veía Carlos VII la campaña navarra presa de las llamas, y por último, Lácar y Lorca, la revancha y el providencial castigo de los incendiarios.

¿Qué epopeya puede ostentar páginas más conmovedoras?



En Estella se concentra más que en parte alguna la vida de soldado de Carlos VII, y el prestigio de aquel nombre era tal hasta en el Extranjero, que habiendo escrito María Teresa de Austria, santa esposa de En-

rique V, una carta á su amado sobrino, y no sabiendo dónde se hallaba su Cuartel Real, puso sencillamente en el sobre: «Al Rey y al héroe, en Estella.»

También en las inmediaciones de la «Ciudad santa» verificóse la transformación de nuestros voluntarios en soldados. De la batalla de Montejurra puede decirse que data realmente la existencia del ejército Real como ejército regular, pues á partir de ella cesaron de ser de hecho nuestras fuerzas la partida de X ó de Z, para fundirse en el ejército del Rey.

BOCETOS MILITARES

TELEGRAFÍA

Lo dicho anteriormente también se puede aplicar á los reconocimientos de una línea férrea en una locomotora sola, ó con dos ó tres vagones y un destacamento destinado á hacer una sorpresa, destruir un puente, etc.

Toda partida de caballería encargada de un reconocimiento deberá llevar consigo un telegrafista hábil con un aparato, una bobina, etc., para que el oficial encargado de dicho reconocimiento pueda sorprender los telegramas enemigos y desconcertar los planes formados para coparle, colocando el aparato telegráfico que lleva consigo en cualquier punto de las líneas telegráficas enemigas. Para evitar las fatales consecuencias de un telegrama falso, conviene usar contraseñas secretas hasta para los mismos telegrafistas, conviniendo, por ejemplo, en que en el mes de mayo todo telegrama empiece ó acabe con una palabra de seis letras, en el de julio con una de ocho, y así sucesivamente, ó bien que la segunda y novena palabra de cada despacho sean de cinco letras, etc., pues de este modo se puede reconocer en seguida si el telegrama es falso; esta contraseña no se debe confiar más que al jefe superior de un puesto ó una expedición.

Las condiciones esenciales del servicio telegráfico son: actividad, exactitud y discreción.

Para todo despacho expedido ó recibido, se debe anotar la clase á que pertenece, el número de orden, el de palabras, la hora y hasta el minuto en que se haya expedido ó recibido. Después de copiados los telegramas, se cierran y sellan; si se han recibido con el aparato Morse, basta conservar la tira de papel como documento justificativo; si se ha recibido al oído un despacho de alguna importancia, el telegrafista guardará una copia escrita con lápiz; estos documentos, lo mismo que los recibos firmados por aquellos á quienes vayan dirigidos los telegramas que se reciban y los originales de los expedidos, se deben enviar cada veinticuatro horas al comandante del servicio telegráfico militar.

Si hay temor de que la estación pueda ser sorprendida por el enemigo, se hará más frecuente el envío de estos documentos, para impedir que caigan en poder del enemigo. Si la persona á quien esté dirigido un telegrama que se reciba está bastante lejos de la

estación y el jefe de ésta tiene motivos para temer que el ordenanza encargado de llevarlo sea muerto en el camino ó caiga en poder del enemigo, y el despacho es importante ó está cifrado, se lo dará al ordenanza con otro falso que sólo contenga cualquier noticia insignificante; el primero lo escribirá en un papel de seda y lo encerrará en el cañón de una pluma de ganso, para que el ordenanza lo esconda en la ropa, dentro de un cartucho ó de la manera que conceptúe más segura. En cambio, el despacho falso se escribe como de ordinario, se guarda en un sobre de los reglamentarios y el ordenanza lo lleva en un bolsillo ó en una cartera á propósito para ello. Cuando el contenido de un despacho es muy importante, se debe enviar por duplicado ó triplicado, por medio de dos ó tres ordenanzas que salen con veinte ó treinta minutos de intervalo y que deben ignorar que los despachos enviados uno tras otro son iguales; en el sobre de cada telegrama se debe especificar la hora de la salida de la estación y el nombre del ordenanza, quien á su vuelta presentará el recibo de su entrega para probar que ha cumplido su encargo.

Los aparatos más ó menos complicados y las diversas variaciones atmosféricas, exponen á frecuentes alteraciones el servicio telegráfico. Si la alteración proviene de la misma estación, es decir, de los aparatos, hilos, baterías, etc., que haya en ella, se descubrirá fácilmente examinando con entera minuciosidad todas sus partes, una después de otra, empezando por la batería. Para examinar una batería, se frota entre sí el polo de cobre y el de zinc de los últimos elementos, y si esta frotación produce chispas, la pila está en buen estado; una experiencia más científica y segura consiste en poner la batería en comunicación con un galvanómetro, y el grado de desviación de la aguja indicará la intensidad de la corriente.

Para probar los aparatos y el piquete de comunicación con tierra, se coloca un galvanómetro en el mismo circuito, se pone un polo de la batería en comunicación con los aparatos y el otro en comunicación con tierra por medio de un hilo; si no hay ningún defecto ni en los aparatos, ni en los empalmes, ni en los piquetes, la aguja dará una vuelta entera. Las baterías y el galvanómetro constituyen la piedra de toque en la investigación de las causas ocasionales de las interrupciones, tanto de la línea, como de los aparatos; así que, aunque el galvanómetro no tuviese otro objeto que éste, esto bastaría para no suprimirlo en los aparatos de campaña. Si el desarreglo de la línea proviene de los hilos, es más difícil encontrar su origen; si se debe á las pérdidas de la corriente galvánica á lo largo de los postes de las líneas aéreas en tiempo húmedo, para evitarlo habrá que aislarlos bien con suficiente anticipación, es decir, construyéndolos con sumo cuidado y material escogido. Cuando la pérdida de la corriente proviene en una línea aérea del contacto de un hilo con las ramas de los árboles inmediatos ó de la rotura de un aislador ó de cualquier objeto colgado de los hilos, etc., en estos casos se calculan las causas del desarreglo de la línea, porque la mayor parte de

la corriente se pierde por la comunicación con tierra antes de llegar á la estación, y la corriente que llega no tiene bastante fuerza para hacer que funcionen los aparatos, ó bien porque siendo más corto el camino que recorre la corriente para llegar á la batería y menor la resistencia que encuentra dicha corriente, la aguja del galvanómetro se desvía más que si la línea estuviese en estado normal.

Si el conductor está cortado y uno de sus extremos queda suspendido en el aire, poniendo el galvanómetro entre el conductor y el piquete de comunicación con tierra, la aguja no acusará desviación alguna, lo mismo que si se pone el circuito en comunicación con una ó varias baterías. Si el extremo del conductor cortado está dentro del agua ó descansa en un suelo húmedo, la desviación anormal del galvanómetro se pronunciará tanto más cuanto más próxima á la estación en que se hace la experiencia haya tenido lugar la avería.

Para buscar el origen de la perturbación de una línea subterránea ó tendida, se aíslan por completo los extremos de los conductores y el correspondiente al punto en que se empieza la prueba se pone en contacto con una batería; en las líneas subterráneas se excava la tierra hasta descubrir el cable hacia su punto medio, y tanto en estas líneas como en las tendidas se clava hacia su mitad una aguja en la capa aisladora, se toca con la lengua el extremo de la aguja, y si se siente una especie de quemadura, la avería se halla más adelante del punto en el que se hace la experiencia; entonces se avanza un kilómetro y se hace la misma operación varias veces hasta que al tocar la aguja con la lengua no se sienta nada, lo que será prueba de que ya se ha pasado el sitio en que esté la avería, en el cual caso se vuelve atrás el operador, examinando por secciones el resto del conductor; en fin, cuando la parte que quede por examinar sea muy pequeña, se descubre el conductor en toda su longitud que aun no se haya reconocido, y se procede fácilmente á la reparación de la avería. Los orificios que abre la aguja en la capa aisladora de caucho, se deben soldar cuidadosamente con una lámpara de espíritu de vino.

Si la línea telegráfica es aérea, se examina como las subterráneas y tendidas, sólo que con la ventaja de no tener que desenterrar ni descubrir el conductor, lo cual simplifica mucho la operación.

La aplicación de la telegrafía á los movimientos estratégicos y tácticos no es un descubrimiento nuevo. Desde los tiempos de Alejandro *el Grande*, quien (según el P. Kircher, de la Compañía de Jesús) hizo construir una trompa que lleva su nombre y empleaba para reunir sus legiones, desde entonces todos los ejércitos en campaña han tratado siempre de establecer medios de comunicación que permitiesen transmitir la voluntad del jefe á todas las fracciones que los formaban. Napoleón consideró de suma importancia el uso del telégrafo en la guerra, alcanzando por medio de él en una sola semana dos victorias ante los muros de Ratisbona, haciendo correr un despacho 225 leguas en veinticuatro horas.

La primera vez que se hizo uso del telégrafo eléctrico en el campo de batalla fué en la sublevación de la India. En la guerra de Italia, en 1859, los cuerpos mandados por Baraguay d'Hilliers y Mac Mahon estaban separados del que mandaba Niel; los primeros encontraron á los austriacos en Castiglione; Niel, en Medole, y mientras tanto los italianos chocaban con los austriacos en Rivoltella, y Canrobert encontró á Castel-Goffredo ocupado por la caballería enemiga; las consecuencias que tuvieron estos encuentros parciales habrían sido mucho más ventajosas para los aliados si hubiesen podido, por medio de comunicaciones instantáneas, concentrar en un solo punto todas las fuerzas necesarias para dominar mejor al enemigo. Si tales comunicaciones se hubieran establecido en las seis leguas que tenía de extensión el campo de batalla, habría podido Napoleón III emplear la caballería que tenía de reserva y sacar más partido de la victoria alcanzada. En 1860, el ejército italiano hizo uso del telégrafo en el sitio de Ancona. En la guerra separatista de América tuvo mucha aplicación el telégrafo de campaña, estableciéndose más de 400 leguas de líneas provisionales.

REYNALDO BREA

(Concluirá.)

NUESTROS GRABADOS

Venecia. Paseo en góndola.

(Gran lámina suelta.)

Este dibujo, copia de una fotografía de Salviati, ofrece en primer término una de las góndolas propiedad de Don Carlos, que acompañado de su secretario el Sr. Melgar pasea por los canales de la pintoresca y silenciosa ciudad del Adriático.

Al fondo, y á la derecha, se ve el palacio Ducal, obra maravillosa, lo propio en su parte exterior, toda de mármol, como en la interior, que no se cansan de admirar los inteligentes, y en cuyo salón principal celebraban sus consejos los Dux de Venecia.

Á la izquierda del palacio Ducal se ve la *Piazzetta*, y junto á ésta el palacio Real.

Los cuatro gondoleros que tripulan la góndola, son venecianos (1) y están al servicio de Don Carlos.

Don Domingo de Egaña.

(Pág. 129.)

Véase el artículo de la pág. 134.

Croquis de las operaciones sobre el Oria.

(Pág. 132.)

Véase el artículo antes citado.

Archiduquesa Maria de los Dolores.

(Pág. 133.)

Hija primogénita de los Archiduques Blanca y Leopoldo, y Nieta, por tanto, de SS. MM., vió la luz primera en Lemberg (2) el día 5 de mayo del presente año.

(1) La servidumbre de Don Carlos está compuesta de españoles, excepción hecha de los gondoleros, que por pacto de los agremiados han de ser todos hijos de Venecia.

(2) Lemberg ó Leopol, ciudad de los Estados austriacos, capital de la Galitzia, cabeza del gobierno y del círculo de su nombre, situada en un profundo valle circuido de montañas

El Príncipe de Valori.

(Pág. 136.)

Por sus actos políticos y por sus obras, traducidas á varios idiomas, es conocido el egregio Representante de Don Carlos en Francia.

Entre otras muchas publicaciones debidas á la fecunda pluma del castizo escritor francés, merecen mencionarse *Don Carlos dans les Indes* y *Deux Rois*, ambas vertidas al español.

El Conde de Ashburnham.

(Pág. 137.)

Este respetabilísimo Lord inglés, gloria de su patria y de nuestra Comunión, merecía como pocos un recuerdo en estas columnas.

Identificado con nuestro sentir y pensar, es más de admirar su amor á la causa carlista, por cuanto no existe la afinidad de razas que pudiera haberle llamado á declararse por tal ó cual Bandera política en nuestra patria.

Huésped del palacio Loredán en distintas ocasiones, estima al Rey por lo que es y por lo que simboliza, y se muestra orgulloso de poseer en el Reino Unido la alta investidura de Representante de Don Carlos.

Posee á la perfección nuestro idioma, como de ello pueden dar fe las correspondencias que remite al diario madrileño *El Correo Español*.

y á orillas del riachuelo Peltev, á 34 mir. E. de Cracovia y á 44 mir. NE. de Viena. Residen en ella el comandante general, un arzobispo católico y otro greco unido; un arzobispo armenio, el superintendente del culto evangélico y el gran rabino de Galitzia; residen asimismo en ella todas las autoridades de la provincia y del círculo. La ciudad contiene cuatro arrabales; sus calles son anchas y rectas; hay grandes plazas, paseos y bulevares. Sus templos más notables son la catedral católica, la iglesia de los Jesuitas, la valaca, la de los Dominicos, la de los Bernardinos, conteniendo el sepulcro de San Juan de Dukla, patrono de Lemberg, y la nueva sinagoga. El teatro, las Casas Consistoriales, uno de los monumentos más grandiosos en su clase, y el palacio del arzobispo católico, son sus mejores edificios públicos. Su Universidad fué fundada en 1784; cuenta 1.000 estudiantes y 35 profesores; tiene una biblioteca de 40.000 volúmenes, un gabinete de medallas y un museo de historia natural. El Instituto Ossolinski y el Instituto Literario, con su biblioteca de 75.000 volúmenes escritos en polaco y una colección de medallas, son importantes. Además, tiene esta ciudad seminarios católico y griego, una Academia Politécnica, dos colegios, una escuela de segunda enseñanza, varias escuelas primarias y diferentes establecimientos de beneficencia. La industria consiste principalmente en la fabricación de paños y tejidos de algodón, tenerías, platerías y fábricas de jabón y de licores, en cuyos ramos se ocupan 4.000 operarios. Comercio de exportación y de tránsito. Caja de ahorros y Sociedad de crédito. Celebra ferias. Esta ciudad fué fundada en 1259 por Leon Danielowicz, príncipe de Halicz. Ha sido tomada varias veces en las guerras que desde su fundación han assolado el país. Cuando la revolución de 1848 fué bombardeada por las tropas imperiales. Población, 80.000 habitantes entre los que hay más de 25.000 israelitas. — Su gobierno tiene 546 mir. cuad., y comprende 12 círculos. Población 2.898,200 habitantes.

Mirada esta ciudad bajo el punto de vista militar, su importancia queda demostrada como plaza fronteriza de Rusia, imperio colosal y ambicioso, y además enemigo de la Triple Alianza, una de cuyas potencias es Austria. Como centro de operaciones y cuartel general austriaco, ocupa magnífica posición; dotada de numerosas líneas férreas, transporta con rapidez tropas, bien á la derecha de su línea, límite de Rumanía, ó ya á su izquierda, apoyándose en Cracovia. Cuenta también con una de las mejores condiciones que adornar pueden á una plaza de guerra: la cordillera de los Carpatos, como segunda posición en caso de retirada, el libra al ejército que la defiende de un desastre seguro.

En el caso de estallar la guerra europea, sería una de las primeras poblaciones que figurasen en ella.

El dibujo, por el renombrado artista Sr. Pahissa, es copia de una lindísima fotografía con que fuimos honrados por nuestra Real Familia.

La Ciudad Santa del Carlismo.

(Págs. 140-141.)

Con esta gráfica frase fué designada por nuestros adversarios la fidelísima ciudad de Estella, y aceptamos gustosos el calificativo, pues no hemos de ser nosotros los que sin razón enmendemos la plana á los escritores liberales, sobre todo en la presente ocasión, pues Estella fué para el carlista en la pasada guerra la ciudad afortunada que dió hospitalidad á la Corte del R. legítimo.

LIBROS RECIBIDOS

ESPAGNE-PORTUGAL, por el *Conde de Saint-Victor*.—Habíamos oído ponderar el mérito de estas obras que acaban de ver la luz en Francia, y no se han visto desvanecidas nuestras ilusiones al leer el ejemplar con que nos ha honrado el nobilísimo legitimista francés, á quien distingué con su afecto y particular consideración nuestra Real Familia.

El Conde de Saint-Victor, viajero de no vulgar ilustración y dotado de felicísima intuición, ha sabido sacar de su viaje por la Península ibérica un conjunto de datos históricos que para muchos de los españoles son sin duda desconocidos, y halos adornado con la narración de leyendas y tradiciones que hacen de las citadas obras un pequeño tesoro que debe tener interés en asimilarse, lo mismo el turista que el historiador, pues á la par que recreo, hállase en sus páginas sólida instrucción.

La Propaganda Católica, revista semanal que con tanto éxito se publica en Palencia, da también á la estampa obritas que, con el título de *Diálogos de actualidad*, y en forma dialogada, son recomendables, tanto por la pureza de su doctrina, cuanto por lo ínfimo de su precio.

Su propósito no puede ser más plausible, toda vez que tiende á difundir las enseñanzas del Papa, poniéndolas al alcance de todas las inteligencias.

Su celoso director ha hecho un estudio de la Encíclica de Su Santidad *De Conditione opificum*, dividiéndolo en cinco partes, que son otros tantos *Diálogos* que hemos recibido con el título común de *La Iglesia y los obreros*, y otro particular que indica la materia que cada uno trata, y son los siguientes: *El socialismo, Deberes y derechos de los obreros, Deberes y derechos de los patronos, Deberes y derechos del Estado y Asociaciones de obreros*.

También hemos recibido un cuadro sinóptico de la misma Encíclica, que la misma *Propaganda* ha publicado, debido al Dr. D. Mariano Ciudad Olmos, canónigo penitenciario de la S. I. M. de Valladolid.

Es un discreto trabajo que revela á simple vista la paciencia y buen gusto de su autor, y se vende al ínfimo precio de cuatro reales.

De todas veras recomendamos á nuestros lectores la adquisición de ambas publicaciones, por lo ortodoxo de la doctrina que en ellas campea y por tratarse de la importante cuestión del capital y el trabajo, que tanto preocupa hoy al mundo civilizado.

LAS ELECCIONES DE GUIPÚZCOA EN DICIEMBRE DE 1890 Y EN FEBRERO DE 1891, por *D. Tirso de Olazábal*.—Hacia falta la publicación de este notabilísimo folleto, para poner en claro las artimañas de ciertos elementos que, apelando á recursos poco nobles, combatieron la elección de nuestro colaborador y amigo para Diputado á Cortes por Azpeitia.

De derecho es D. Tirso de Olazábal el representante del R. en Guipúzcoa, y en vano ha de ser que se pretenda destruir la legítima influencia que en aquellas provincias ejerce

el antiguo Diputado á Cortes y después Coronel honorario del cuerpo de Artillería carlista.

El precio del citado opúsculo es de una peseta, y se halla á la venta en esta Administración.

LA CATEDRAL DE TORTOSA.—Descripción histórica de la misma, relacionada con la historia de dicha ciudad, por el *Dr. D. Ramón O'Callaghan*.—El ilustradísimo autor de esta obra, actual Canónigo doctoral de la Santa Iglesia de Tortosa, ha condensado con precisión y método, en un volumen en 4.º, de más de 300 páginas, cuanto de notable se relaciona con la historia de aquella Catedral, y aun de la ciudad de Tortosa, pues reproduce documentos de especial importancia en la historia del Principado catalán.

Si á una obra debida al sabio canónigo dertosenense le hiciera falta nuestra modestísima recomendación, la consignaríamos tan espontánea como calurosa.

LA BUENAVENTURA, por *D. Enrique de Olea*.—Novela de interés creciente en cada una de sus páginas, y de moralidad indubitable, circunstancia tan rara en la novela contemporánea.

El Sr. Olea ha sabido en su obrita sortear los obstáculos que al novelista se ofrecen, y nos ha demostrado cómo se puede escribir para deleitar el entendimiento, sin pervertir el corazón.

Precio de la obra: 2 pesetas, en esta Administración.

LAS PRIMERAS CAMPAÑAS DEL RENACIMIENTO, por *D. Casto Barbasán Lagueruela*.—Este distinguido oficial alfonsino, tan ilustrado como imparcial en sus juicios, nos ha favorecido con un ejemplar de dicha obra.

Estudia los principios y medios de guerra en el siglo XVI, la campaña de Calabria en el XV, las de Nápoles en el XVI, la de Lombardía, etc., etc.

Precio de esta obra, cuya adquisición interesa á los militares y á cuantos gusten de estudios históricos, 4 pesetas, en Toledo. Los pedidos deben dirigirse al autor, que es el director de los *Estudios Militares*.

ENSAYOS POETICOS, por *Bautista Varela Balboa*.—Interesante folletito de poesías, editado por el *Sui Generis*, periódico de Lugo, 0'50 pesetas.

EL RECREO DE LA ALDEA, por *José Antonio Vecino*.—Se reduce á un tratado teórico-práctico de Horticultura, en el cual se explican las formas y épocas de las plantaciones, cultivo de las flores, etc., etc.

De venta en la antigua librería de Bulfy y C.ª, de Bilbao.

EL ESTANDARTE REAL

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: 1 año.. . . .	7'50 pesetas.
6 meses.	4 »
Extranjero y Ultramar: 1 año.. . . .	12 »

Se admiten anuncios para las cubiertas, á precios convencionales.

Dirigirse para las suscripciones y anuncios al Administrador de la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA, Ronda de la Universidad, 14, Barcelona: apartado de Correos núm. 147.

El pago de las suscripciones se hará en libranzas del Giro Mutuo, en letras de fácil cobro ó en sellos de Correo.

Se remitirá un número de muestra á las personas que lo pidan.

Son corresponsales de EL ESTANDARTE REAL todos los de la *Biblioteca Tradicionalista*, de *Lo Crit d' Espanya* y de *La Carcajada*.

Imp. «La Ilustración» á c. de Fidel Giró Paseo San Juan, 168